ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâstí pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EL SENDERO DE LA RELIGIÓN

He aquí el Dhammapada, el sendero de la religión seguido por los discípulos de Buddha:

Todo lo que somos es la consecuencia de lo que hemos pensado; eso está basado sobre nuestros pensamientos, y eso está construído con nuestros pensamientos.

Por sí mismo cada uno hace el mal; por sí mismo sufre cada uno; es por uno mismo por quien no se hace el mal, y es por sí mismo por quien uno se purifica. La pureza y la impureza pertenecen á cada uno; nadie puede purificarse en otro.

Es preciso que hagais por vosotros mismos ese esfuerzo. Los Tathagatas no son los que han de daros la enseñanza. Los hombres reflexivos que siguen el sendero se libertan de las cadenas de Mara.

El que no se levanta á la hora en que debe levantarse; el que siendo joven y fuerte es perezoso; aquél cuya voluntad y pensamiento son débiles, y en fin, el perezoso y el indolente no hallarán el camino de la iluminación.

Si un hombre se mira como preciado, que se vigile cuidadosamente, pues que guarda la verdad consigo.

Si un hombre hace por sí mismo lo que aconseja á los demás que hagan, como se somete á sí mismo someterá á los otros; es difícil en verdad que se someta á sí mismo.

Si en los combates un hombre es mil veces vencedor de mil hombres, y si uno es vencedor de sí mismo, éste es el más grande de los dos vencedores.

Es costumbre de los tontos, lo mismo entre los laicos que entre los clérigos, el decir: Eso está hecho por mí. Es preciso que los otros se me sometan. En este asunto ó en este otro, el principal papel es el que á mí me corresponde. Los tontos no piensan ni en el deber que debe de cumplirse, ni en el fin que debe de esperarse; no piensan más que en sí mismos, y de todo pretenden hacer un pedestal para su vanidad.

Es fácil hacer malas acciones y acciones perjudiciales para nosotros mismos; lo que es provechoso y bueno es dificilísimo de hacer. Si una cosa debe ser hecha, es preciso que se haga con energía.

Cuánto tiempo ¡ay! este cuerpo que se arrastra sobre la tierra habrá de estar sin inteligencia y será menospreciado á semejanza de un inútil tarugo de madera; pero nuestros pensamientos existirán siempre. Serán pensamientos y producirán acciones. Los buenos pensamientos producirán las acciones buenas y los malos las malas acciones. La reflexión seria es el camino de la inmortalidad; la ligereza del pensamiento es, en cambio, el sendero de la muerte; los que piensan seriamente no mueren, y aquéllos que se quedan sin pensar están como si ya estuvieran muertos.

Los que creen ver lo falso en lo verdadero y lo verdadero en lo falso, raramente llegan á encontrar la verdad y siempre siguen los vanos deseos.

Así como la lluvia cae en una casa mal cubierta, la pasión entra en un espíritu sin reflexión. Y así como la lluvia no penetra en una casa bien guarnecida, la pasión no puede penetrar tampoco en el espíritu reflexivo.

Los que cruzan los canales conducen el agua donde quieren; los arqueros curvan los arcos; los carpinteros limpian las maderas, y los hombres prudentes se adornan á sí mismos. Los hombres sabios no caen ni en el desprecio ni en el elogio. Habiendo entendido la ley se hacen austeros como un lago, unido y tranquilo.

Si un hombre habla ú obra bajo el impulso de un mal pensamiento, el sufrimiento le sigue como la rueda de un carro va tras los pies de los bueyes que le arrastran.

Vale más dejar una mala acción sin hacerla, que no arrepentirse de ella más tarde; y vale más hacer una buena acción, porque después de hecha no se arrepiente uno de ella.

Si un hombre comete un pecado, que no lo repita, que no haga sus delicias del pecado, porque el sufrimiento es la primogenitura del mal.

Si un hombre hace lo que es bueno, sígalo haciendo, deléitese en ello, porque la felicidad es la primogenitura del bien.

Que nadie piense con frivolidad, diciendo en su corazón: eso no me aprovechará. Pues así como un cántaro se llena gota á gota, el tonto llega al colmo del mal absorbiéndolo poco á poco.

Y nadie se incline al bien con frivolidad, diciendo en su corazón: eso no me puede servir. Pues así como un cántaro se llena gota á gota, el hombre sabio se llena de bien poco á poco.

El loco que conoce su locura es sabio, al menos hasta ese punto, pero luego que se cree sabio es verdaderamente un loco.

(**Dhammapada**).

GUÍA ESPIRITUAL

POR EL DOCTOR MIGUEL DE MOLINOS, PBRO.

(CONTINUACIÓN)

LIBRO II

Del Padre espiritual y su obediencia, del celo indiscreto y de las penitencias interiores y exteriores.

CAPÍTULO I

PARA VENCER LAS ASTUCIAS DEL ENEMIGO EL MEJOR MEDIO ES SUJETARSE Á UN PADRE ESPIRITUAL.

1. De todas maneras conviene elegir un maestro experimentado en la vida interior, porque Dios no quiere hacer con todos lo que hizo con Santa Catalina de Sena, tomándolos de la mano para enseñarlos inmediatamente el camino místico. Si para los pasos de la Naturaleza hay necesidad de maestro y guía, ¿qué será para los pasos de gracia? Si para lo exterior y aparente es menester maestro, ¿qué será para lo interior y secreto? Si para

la Teología moral, escolástica y expositiva, que claramente se enseñan, ¿qué será para la mística, secreta, reservada y obscura? Si para el trato y obras políticas y exteriores, ¿qué será para el interior trato con Dios?

2. Es también necesaria la guía para resistir y desvanecer las astucias de Satanás. Muchas razones dió San Agustín, porque Dios ordenó que en su iglesia presidiesen por luces doctores y maestros, hombres de la misma naturaleza. Lo principal es para librarnos de las astucias del enemigo, porque si dejara por norte de nuestras acciones al propio dictamen é impulso natural, tropezáramos por instantes y diéramos de ojos en mil abismos, como les sucede á los herejes y arrogantes. Si nos diera ángeles por maestros nos deslumbraran los demonios que se transfiguran en ángeles de luz. Y así convino que Dios nos diera por guías y consejeros hombres como nosotros. Y si esta guía es experimentada, luego conoce las sutiles y diabólicas astucias, y en siendo conocidas, por su poca substancia, quedan brevemente desvanecidas.

3. Antes que se elija el padre espiritual se ha de pensar bien y se ha de hacer oración, porque es materia gravísima y ha de venir de la mano de Dios; pero, elegido, no se ha de dejar sino por urgentísimas causas, como son no entender los caminos y estados por donde Dios lleva el alma, porque ninguno puede enseñar lo que no sabe, según buena regla de Filosofía.

4. Y si no comprende, como dice San Pablo *(Ad., Cor.,* II, 14), las cosas del espíritu de Dios será para él ignorancia, porque se han de examinar espiritualmente y le falta la experiencia; pero el espiritual, el experimentado, todo lo ve claramente y lo juzga como es. El no ser, pues, experimentada la guía, es la principal causa para dejarla y elegir otra que lo sea, porque sin ella no se aprovecha el alma.

5. Para pasar de un estado malo al bueno no hay necesidad de consejo; pero para pasar del bueno al mejor es necesario tiempo, oración y consejo, porque no todo aquello que es bueno en sí es para cada uno en particular mejor, ni todo lo que es bueno para uno es bueno para todos: *Non omnibus omnia expediunt (Eclesias,* XXXVII, 31). Unos son llamados por camino exterior y ordinario, otros por el interior y extraordinario y no todos están en un estado siendo tantos y tan varios los del camino místico; y es imposible pueda nadie dar un paso por sus secretas é interiores sendas sin la experimentada guía, porque en vez de caminar derecho dará en el precipicio.

6. Cuando el alma anda con temores en el acierto de su camino y desea totalmente librarse de ellos, la sujeción á un padre espiritual experimentado es el medio más seguro, porque con la luz interior descubre con claridad cuál sea tentación y cuál inspiración; y distingue los movimientos que nacen de la naturaleza del demonio y de la misma alma, la cual debe sujetarse en

todo á quien tiene experiencia y le puede descubrir los apegos, idolillos y malos hábitos que la embarazan el vuelo, porque de este modo no sólo se librará de las diabólicas astucias, pero caminará más en un año que caminaría en mil con otra guía sin experiencia.

7. En la vida del iluminado padre fray Juan Taulero se refiere cómo aquel secular que le adelantó en el estado de la perfección dice de sí mismo que desengañado del mundo y deseoso de ser santo se dió á una grande abstinencia hasta que una noche, de enfermo y debilitado, quedó dormido y en el sueño oyó una voz del cielo que le decía: «Hombre de tu propia voluntad, si antes de tiempo tú mismo te mataras, te darás á ti mismo acerbas penas.» Lleno de terror se fué á un desierto y comunicó su camino y abstinencia con un santo anacoreta, el cual, por disposición del cielo, le sacó de aquel engaño diabólico. Díjole que hacía su abstinencia por agradar á Dios. Preguntóle el anacoreta que con qué consejo la hacía, y habiéndole dicho que con ninguno, le respondió que le era manifiesta tentación del demonio. Aquí abrió los ojos, y desengañado de su perdición vivió siempre con consejo de padre espiritual; y asegura él mismo que en siete años le dió más luz que cuantos libros se han estampado.

CAPÍTULO II

PROSIGUE LO MISMO

8. Hay una gran ventaja en tener maestro en el camino místico á servirse de los espirituales libros, porque el maestro práctico dice á su tiempo lo que se debe hacer y en el libro se leerá aquello que menos convendrá, y de esa manera falta el documento necesario. Hácense también con los libros místicos muchas apreciaciones falsas, pareciéndole al alma tener lo que en la verdad no tiene, y estar más adelante en el estado místico de lo que ha llegado, de donde nacen muchos perjuicios y riesgos.

9. Es cierto que la lección frecuente de los libros místicos, que no se funda en luz práctica, sino en pura especulativa, hace más mal que bien, porque confunde las almas en vez de alumbrarlas y las llena de noticias discursivas que embarazan sumamente, porque aunque son noticias de luz entran por fuera y embotan las potencias en lugar de vaciarlas para que Dios las llene de sí mismo. Muchos leen continuamente en estos libros especulativos por no quererse sujetar á quien les puede dar luz de que no les conviene semejante lección, porque es cierto que si se sujetan y la guía tiene experiencia no lo permitirá, y entonces se aprovecharían y no se cuidarían de leerlos, como lo hacen las almas que se sujetan, que tienen luz y se aprovechan. Con que se infiere ser de grande quietud y seguridad el tener una guía experimentada que gobierne y enseñe con luz actual

para no ser engañado del demonio y de su propio juicio y perecer; pero no por esto se condena la lección de los espirituales libros en general, porque aquí se habla en particular con las almas puramente internas y místicas para quienes se ha escrito este libro.

10. Todos los santos y maestros místicos confiesan que la seguridad de un alma mística consiste en rendirse muy de corazón á su padre espiritual, comunicándole cuanto pasa en su interior. Para prueba de esta verdad referiré unas palabras que dijo el Señor á doña María Escobar. Refiérese en su vida (lib. I, c. 20) que estando enferma preguntó al Señor si callaría y dejaría de dar cuenta al padre espiritual de las cosas extraordinarias que pasaban por su alma por no cansarse y ocupar al padre espiritual. Respondió el Señor «que sería bien no dar cuenta al padre espiritual, por tres razones: La primera, porque así como el oro se purifica en el crisol, y así como de las piedras se conoce el valor tocándolas en el contraste, así el alma se purifica y descubre su valor tocándola el ministro de Dios. La segunda, porque convenía para no errar que las cosas se gobernasen por el orden que Su Majestad ha enseñado en su Iglesia, Sagrada Escritura y doctrina de los santos. La tercera, porque no se encubran, sino que sean manifiestas á su Iglesia las misericordias que Su Majestad hace á sus siervos y á las almas puras para que así se animen los fieles á servir á su Dios y Él sea en ello glorificado».

11. En el mismo lugar dice las siguientes palabras: «En la conformidad de esta verdad, como mi confesor cayese enfermo y me mandase que á la persona con quien me confesaba entre tanto no le diese cuenta de todos los actos que por mí pasaban, sino de algunos con prudencia, quejéme á Nuestro Señor de no tener con quien comunicar mis cosas, y respondióme Su Majestad: *Ya tienes uno que suple las faltas de tu confesor, dile todo lo que pasa por ti.* Respondí luego: No, Señor; eso no, Señor. *¿Por qué?*—dijo el Señor—. Porque mi confesor me manda que no le dé cuenta de todo, y tengo de obedecerle. Díjome Su Majestad: *Contento me ha dado con esa respuesta, y por oírtela decir te dije lo que oíste; hazlo así; pero bien puedes darle cuenta de algunas cosas como él mismo te dijo.*

12. Es también muy del intento lo que refiere Santa Teresa de sí misma: «Siempre—dice la santa—que el Señor me mandaba alguna cosa, si el confesor me decía otra me tornaba el Señor á decir que obedeciese al confesor; después Su Majestad le volvía para que no me lo tornase á mandar». (*Su Vida,* lib. II, capítulo 26.) Esta es la sana y verdadera doctrina, pues asegura á las almas y desvanece las diabólicas astucias.

CAPÍTULO III

EL CELO DE LAS ALMAS Y EL AMOR AL PRÓJIMO PUEDEN EMBARAZAR LA INTERIOR PAZ.

13. «No hay para Dios más agradable sacrificio—dice San Gregorio (*In Ezechiel,* homilia 12)—que el ardiente celo de las almas.» Para este ministerio envió el Padre Eterno á su Hijo Jesucristo al mundo, y desde entonces quedó entre los oficios por el más noble y más sublimado; pero si el celo es indiscreto es de notable impedimento para la subida del espíritu.

14. Apenas te verás con nueva luz fervorosa cuando querrás emplearte toda en el beneficio de las almas, y corre mucho riesgo no sea amor propio lo que á ti te parece sea puro celo. Suele éste tal vez revestirse de un desordenado deseo, de una vana complacencia, de una afectación industriosa y estimación propia, enemigos todos de la paz del alma.

15. Nunca es bien amar á tu prójimo con detrimento de tu espiritual bien. El agradar á Dios con sencillez ha de ser el único blanco de tus obras. Este ha de ser tu único deseo y cuidado, procurando templar tu desordenado fervor, para que reine en tu alma la tranquilidad y paz interior. El verdadero celo de las almas que has de procurar, ha de ser el amor puro á tu Dios; este es el fructuoso, el eficaz, el verdadero y el que hace milagros en las almas, aunque con voces mudas.

16. Primero recomendó San Pablo la atención á nuestras almas, que á la del prójimo: *Attendite tibi, et doctrine*—dijo en su canónica epístola. (*Ad Timot.,* 4). No te adelantes con fatiga, que cuando sea el tiempo oportuno y puedas ser de algún provecho para tu prójimo, Dios te sacará y pondrá en el empleo que más te convenga; á él sólo toca ese cuidado y á ti estarte en tu quietud despegada y totalmente resignada en el divino beneplácito. No entiendas estar en este estado ociosa, hace mucho quien en todo atiende á cumplir la divina voluntad. El que atiende á sí mismo por Dios hace el todo; porque vale más un acto puro de interior resignación que ciento y aun mil ejercicios por propia voluntad.

17. Aunque la cisterna sea capaz de mucha agua, no la tendrá jamás hasta que el cielo la favorezca con su lluvia. Estate quieta, alma bendita, estate quieta, humilde y resignada, para todo lo que Dios quisiere hacer de ti; deja á Dios el cuidado, que él sabe como amoroso padre lo que á ti más te conviene; confórmate totalmente con su voluntad, que es donde está fundada la perfección; porque el que hace la voluntad del Señor, éste es madre, hijo y hermano del mismo Hijo de Dios.

18. No pienses que estima Dios más á quien más hace; aquél es más amado, más humilde, más fiel y resignado y

más correspondiente á su interior inspiración y divino beneplácito.

CAPÍTULO IV

PROSIGUE LO MISMO

19. Sean todos los deseos de conformarte con la voluntad de aquel Señor que sabe sacar raudales de agua de la piedra seca, á quien desagradan mucho las almas que por ayudar á otros antes de tiempo se defraudan á sí mismas, dejándose llevar del indiscreto celo y de la vana complacencia.

20. Como el discípulo de Elíseo que enviado por el profeta *(IV. Rey,* IV, 31) para que con su báculo resucitase á un muerto, por la complacencia que tuvo no surtió el efecto y quedó por Elíseo reprobado. Reprobóse también el sacrificio de Caín, siendo el primero que ofreció á Dios en el mundo, por complacerse en la ventaja de ser primero y más que su padre Adán en ofrecer á Dios sacrificio.

21. Hasta los discípulos de Cristo, Señor nuestro, adolecieron de este achaque, teniendo vano gozo cuando lanzaban los demonios, por eso fueron agriamente reprendidos por el divino Maestro. Antes que Pablo predicase á las gentes y evangelizase el reino de Dios, siendo ya vaso de elección, ciudadano del cielo, escogido de Dios para este ministerio, fué necesario probarle y humillarle encerrándole en un calabozo. ¿Y querrás tú hacerte predicador sin haber pasado por la prueba de los hombres y de los demonios? ¿Y querrás ponerte en un gran ministerio y hacer fruto sin haber pasado por el fuego de la tentación, de la tribulación y pasiva purgación?

22. Más te importa á ti estarte quieta y resignada en el santo ocio que hacer muchas y grandes cosas por tu propio juicio y parecer. No creas que las acciones heróicas que hicieron y hacen los grandes siervos de Dios en la Iglesia son obras de su industria, porque todas las cosas, así espirituales como temporales, son ordenadas desde el eterno por la divina Providencia, hasta el movimiento de la mínima hoja. Quien hace la voluntad de Dios hace todas las cosas. Esta has de solicitar estándote quieta con perfecta resignación para todo lo que Dios quisiere disponer de tu persona. Conócete indigna de tan alto ministerio, como llevar almas al cielo, y con eso no pondrás embarazo á la quietud de tu alma, á la interior paz y al divino vuelo.

CAPÍTULO V

PARA GUIAR ALMAS POR EL CAMINO INTERIOR SON NECESARIAS LUZ, EXPERIENCIA Y DIVINA VOCACIÓN.

23. Te parecerá, y con gran satisfacción, que eres á propósito para guiar almas por el camino del espíritu y quizá serás

soberbia secreta, ambición espiritual y conocida ceguedad, porque á más de pedir este alto ejercicio superior luz, total despego y las demás cualidades que te diré en los siguientes capítulos, es necesaria la gracia de vocación, sin la cual todo es vanidad, satisfacción y propia estima, porque aunque el gobernar almas y conducirlas á la contemplación y perfección es santo y bueno, ¿cómo sabes que Dios te quiere en ese empleo? Y aunque tú conozcas—lo que no es fácil—que tienes grande luz y experiencia, ¿de dónde te consta que te quiere el Señor en ese ejercicio?

24. Es éste un ministerio de calidad que no nos habemos nosotros jamás de poner en él, hasta que Dios nos ponga por medio de los superiores ó los espirituales guías. Sería para nosotros de grave perjuicio, aunque al prójimo fuésemos de algún provecho. ¿Qué nos importa ganar para Dios todo un mundo si nuestra alma padece detrimento? (*Mat.*, 16).

25. Aunque sepas con evidencia que tu alma está dotada de interior luz y experiencia, lo que más te importa es estarte en tu nada quieta y resignada, hasta que Dios te llame para el beneficio de las almas. Á él sólo toca, que conoce tu insuficiencia y despego; no te toca á ti hacer ese juicio ni adelantarte á ese ministerio, porque te cegará, te perderá y engañará el amor propio, si te gobiernas por tu parecer y juicio en un negocio de tanto peso.

26. Pues si la experiencia, la luz y suficiencia no bastan para admitir este empleo cuando falta la gracia de vocación, ¿qué será sin la suficiencia?, ¿qué será sin la luz interior?, ¿qué será sin la debida experiencia? cuyos dones no se comunican á todas las almas, sino á las despegadas, á las resignadas y aquéllas que pasaron á la perfecta aniquilación por medio de la terrible tribulación y pasiva purgación. Desengáñate, alma bendita, que todas las obras que en este ejercicio no fueren gobernadas de un verdadero celo, nacido del amor puro y del ánimo purgado, van vestidas de la vanidad, del amor propio y de la ambición espiritual.

27. ¡Oh, cuántos pagados de sí mismos emprenden por su propio parecer y juicio este ministerio y en vez de agradar á Dios, vaciar y despegar sus almas, aunque hagan algún fruto en el prójimo, se llenan de tierra, de paja y de estimación propia! Estate quieta y resignada, niega tu juicio y deseo, abísmate en tu insuficiencia y en tu nada, que ahí sólo está Dios, la verdadera luz, tu dicha y mayor perfección.

CAPÍTULO VI

INSTRUCCIÓN Y AVISOS Á LOS CONFESORES Y GUÍAS ESPIRITUALES

28. El más alto y fructuoso ministerio es el de confesor y espiritual director, y el de irreparables daños si no se ejercita con acierto.

29. Será acertado elegir un patrón para tan gran ministerio y que sea aquel santo á quien más se inclinare la devoción.

30. El primero y más seguro documento es procurar el interior y continuo recogimiento y con eso se acertará en todos los ejercicios y empleos del propio estado y vocación y con especialidad en el del confesonario; porque saliendo el alma interiormente recogida á estos exteriores y necesarios ejercicios, es Dios el que alumbra y obra en ellos.

31. Para guiar á las almas que fueren interiores no se les ha de dar documentos, sino irlas quitando con suavidad y prudencia los embarazos, impiden las influencias de Dios. Pero será necesario instruirlas con aquel santo consejo de *secretum mecun mihi*. Piensan muchas almas que son capaces de las interiores materias todos los confesores, y á más de ser engaño se experimenta un gran perjuicio en comunicarlas con los que no lo fueren; porque aunque el Señor las haya puesto en el interior camino, no lo conocerán, ni se lo avisarán, por faltarlas la experiencia, antes bien las impedirán la subida á la contemplación, mandándolas que mediten por fuerza, aunque no puedan, con lo cual las aturden y arruínan en lugar de ayudarlas al vuelo; porque Dios quiere que caminen á la contemplación y ellas las tiran á la meditación por no saber otro camino.

32. Para que se haga fruto no se ha de buscar á ninguna alma para guiarla, importa que ellas vengan, y no se han de admitir todas, especialmente mujeres, porque no suelen venir con la disposición suficiente. Es gran medio para hacer fruto no hacerse maestro ni querer parecerlo.

33. Del nombre de hija ha de usar lo menos que pueda el confesor, porque es peligrosísimo, siendo Dios tan celoso y tan amoroso, el epíteto.

34. Los empleos que ha de admitir el confesor fuera del confesionario han de ser pocos, porque Dios no le quiere agente de negocios; y si posible fuera, no había de ser visto sino en el confesionario.

35. El ser padrino y albacea no se ha de admitir una vez en la vida, porque acarrea muchas inquietudes al alma, opuestas todas á la perfección de tan alto ministerio.

36. El confesor ó guía espiritual no ha de visitar jamás á las hijas espirituales, ni aun en caso de enfermedad, si ya no es que entonces fuere llamado por la enferma.

37. Si el confesor procura el interior y exterior retiro, serán sus palabras (aunque él no lo conozca) carbones encendidos que abrasarán las almas.

38. En el confesionario han de ser de ordinario suaves las reprensiones, aunque en el púlpito sean rigurosas; porque en éste ha de ser furioso león y en aquél se ha de vestir la mansedumbre del cordero. ¡Oh, cuán eficaz es la suave reprensión para los penitentes! En el confesionario están ya movidos, y en el

púlpito importa por su ceguedad y dureza aterrarlos; pero se les ha de desengañar y reprender con vigor á los que llegan mal dispuestos y quieran por fuerza la absolución.

39. Después de hacer lo posible en el beneficio de las almas, no se ha de mirar el fruto, porque el demonio hace con sutileza parecer propio lo que es ajeno y de Dios, y acomete con la estimación propia y vana complacencia, enemigos capitales de la aniquilación, que ha de procurarse siempre el confesor para morir espiritualmente.

40. Aunque vea muchas veces que las almas se aprovechan y que las aprovechadas pierden el espíritu, no se inquiete, quédese en su interior paz, á imitación de los ángeles custodios; aliéntese interiormente entonces con aquel desengaño, que tal vez lo permite Dios, entre otros fines, para humillarle.

41. Debe huir el confesor, y hacer huir á las almas que guía, de todo género de exterioridad, porque es muy aborrecida del Señor.

42. Aunque no deben mandar á las almas que comulguen ni quitarles ninguna comunión por prueba ni mortificación cuando hay infinitos modos de probar y mortificar sin tanto perjuicio, sin embargo, no ha de ser escaso con las almas que se hallan movidas del deseo verdadero, porque Jesucristo no se quedó para estar cerrado.

43. Por experiencia se sabe que la penitencia no se cumple cuando es grande y demasiada; siempre es mejor que sea de materia útil y moderada.

44. Si el padre espiritual muestra con singularidad á alguna hija más afición, es de grandísima inquietud para las otras. Importa aquí el disimulo y la prudencia y no alabar con especialidad ninguna, porque el demonio es amigo de poner cizaña con la guía y se vale de aquellas mismas palabras para inquietar á las otras.

45. El continuo y principal ejercicio en las almas puramente místicas ha de ser en el interior, procurando la guía con disimulo destruir el amor propio y alentarlas á la paciencia de las interiores mortificaciones con que el Señor los purga, aniquila y perfecciona.

46. El deseo de revelaciones suele embarazar mucho las almas interiores, y especialmente á las mujeres; y no hay sueño natural que no le bauticen con el nombre de visión. Es necesario mostrar aborrecimiento á estos impedimentos.

47. Aunque en las mujeres es difícil el silencio en las cosas que el director ordena, sin embargo, debe procurarlo, porque no es bien que lo que el Señor inspira sea blanco de la censura.

CAPÍTULO VII

PROSIGUE LO MISMO, DESCUBRIENDO LOS APEGOS QUE SUELEN TENER ALGUNOS CONFESORES Y GUÍAS ESPIRITUALES, Y DECLARA LAS CUALIDADES QUE HAN DE TENER PARA EL EJERCIO DE LA CONFESIÓN Y TAMBIÉN PARA GUIAR ALMAS POR EL CAMINO MÍSTICO.

48. Debe procurar el confesor animar á los penitentes á la oración, y con especialidad cuando llegan á sus pies con frecuencia y los reconoce con deseo de su espiritual bien.

49. La máxima que el confesor más ha de observar para no llegar á perderse, es no admitir ningún regalo por cuantas cosas hay en el mundo.

50. Aunque hay muchos confesores no todos son buenos, porque unos saben poco; otros son muy ignorantes; otros se asen á los aplausos de la gente noble; otros buscan los favores de los penitentes; otros los regalos; otros, llenos de ambición espiritual, buscan el crédito solicitando tener muchos hijos espirituales; otros afectan su magisterio y hacen del maestro; otros afectan las visiones y revelaciones de sus hijos espirituales, y en vez de despreciarlas—único medio para asegurarlos en la humildad y para que no les embaracen—se las alaban y se las hacen escribir para enseñarles, para hacer ruido y dar campanada. Todo es amor propio y vanidad en los directores, y de gran perjuicio para el espiritual provecho de las almas, porque es cierto que todos estos respetos y apegos son embarazo para ejercitar con fruto el oficio, el cual pide total despego, y su fin y atención ha de ser solamente la gloria de Dios.

51. Hay otros confesores que con facilidad y liviandad de corazón creen, aprueban y alaban todos los espíritus; otros, dando en el extremo vicioso, condenan sin reservación todas las visiones y revelaciones. Ni todas se han de creer, ni todas se han de condenar. Hay otros que se hallan tan enamorados del espíritu de sus hijos, que cuando sueñan, aunque sean embelecos, lo veneran como sagrados misterios. ¡Oh, cuántas miserias se han experimentado por esta causa en la Iglesia!

52. Hay otros confesores vestidos de mundana cortesía que, con poca atención al santo lugar del confesonario, hablan con los penitentes materias vanas y supérfluas y muy ajenas de la decencia que pide el Santo Sacramento y la disposición para recibir la divina gracia. Y tal vez sucede estar aguardando para confesarse muchos penitentes, llenos de propias y domésticas ocupaciones, y cuando conocen la demasiada y supérflua dilación, se desabren, se contristan é impacientan, perdiendo la disposición con que se habían preparado para recibir el Santo Sacramento. Con que la mezcla de estas supérfluas y vanas materias no solamente hace perder el precioso tiempo, sino que per-

judica también al santo lugar, al Sacramento, á la disposición del penitente que se confiesa y á la de todos los que esperan para confesarse.

53. Para confesar aún se hallan algunos buenos, pero para gobernar espíritus por el camino místico son tan pocos, que dijo el padre maestro Juan de Avila, no había entre mil uno; San Francisco de Sales, que entre diez mil, y el iluminado Taulero, que entre cien mil no se hallaba uno experimentado maestro de espíritus; y es la causa porque hay pocos que se dispongan á recibir la ciencia mística: *Pauci ad eam recipiendam se disponunt*—dijo Enrique Arphio. (Lib. III, cap. 22.) ¡Ojalá no fuera tanta verdad como es, que no hubiera tantos engaños en el mundo como hay y se hallaran más santos y menos pecadores!

54. Cuando desea la guía espiritual con eficacia que todos amen la virtud, y el amor que de Dios tiene es puro y perfecto, con pocas palabras y menos razones cogerá infinito fruto.

55. Si el alma interior, cuando está en la purga de las pasiones y en el tiempo de la abstracción no tiene una guía experimentada que la refrene el retiro y soledad á que la tira su inclinación y suma propensión, quedará imposibilitada para los ejercicios de la confesión, predicación y estudio y aun para los de su obligación, estado y vocación.

56. Debe, pues, atender el experimentado director con mucho cuidado, cuando comienzan las potencias á estar ocupadas en Dios, no dar mucho lugar á la soledad, mandándole al alma no deje los exteriores ejercicios de su estado, como de estudio y otros empleos, aunque parezcan distractivos, mientras no se opongan á su vocación; porque se abstrae tanto el alma en la soledad, se interna tanto en el retiro y se aleja de manera de la exterioridad, que después si se aplica de nuevo es con fatiga, con repugnacia y con perjuicio de las potencias y de la salud de la cabeza. Daño considerable y digno de la atención de los espirituales directores.

57. Pero si éstos no tienen experiencia no sabrán cuándo se forma la abstracción, y en el mismo tiempo, pareciéndoles santo consejo, las animarán al retiro y hallarán en él la perdición. ¡Oh, cuánto importa ser experimentada la guía en el espiritual y místico camino!

CAPÍTULO VIII

PROSIGUE LO MISMO

58. Los que gobiernan almas sin experiencia proceden á ciegas, sin llegar á entender los estados del alma, ni sus interiores y sobrenaturales operaciones. Sólo conocen que unas veces se halla bien el alma y que tiene luz, otras que está en obscuridad; pero qué estado sea cada uno de éstos y cuál sea la raíz de don-

de proceden esas mudanzas, ni lo alcanzan, ni lo entienden, ni lo pueden averiguar por los libros, sin haberlo en sí mismos experimentado, en cuya fragua se engendra la verdadera y actual luz.

59. Si la guía no ha pasado por las vías secretas y penosas del interior camino, ¿cómo lo puede comprender ni aprobar? Será no pequeña fortuna para el alma hallar una sola guía experimentada que la fortifique en las insuperables dificultades y la asegure en las continuas dudas de este viaje. De otra manera no llegará al santo y precioso monte de la perfección, sino con una gracia extraordinaria y singular.

60. El director que está despegado más anhela á la interior soledad que al empleo de las almas; y si algún maestro espiritual tiene sentimiento cuando se le va un alma y le deja por otra guía, es señal manifiesta que no estaba despegado, ni buscaba puramente la gloria de Dios, sino su crédito.

61. El mismo daño y achaque se experimenta cuando el director hace alguna diligencia secreta para atraer á su dirección alguna alma que va gobernada por otra guía. Este es un notable daño, porque si se tiene por mejor que el otro director es soberbio; si se reconoce peor es traidor á Dios, á aquella alma y á sí mismo, por el malicioso perjuicio que hace al provecho de los prójimos.

62. También se descubre otro daño considerable en los maestros espirituales, y es que no permiten que las almas que guían comuniquen con otros, aunque sean más santos, más doctos y más experimentados que ellos. Todo es apego, amor propio y propia estimación. No las permiten á las almas este desahogo por el temor que tienen de perderlas, y que no se diga que sus hijos espirituales buscan en los otros la satisfacción que no hallan en ellos. Y las más veces por estos imperfectos fines embarazan á las almas sus adelantamientos.

63. De todos estos y otros infinitos apegos se libra el director que llegó á oir la interior voz de Dios, por haber pasado por la tribulación, tentación y pasiva purgación; porque la voz interior de Dios hace innumerables y maravillosos efectos en el alma, que da lugar, que la escucha y la gusta.

64. Es de tanta eficacia, que arroja la honra mundana, la estimación propia, la ambición espiritual, y el deseo de crédito, el querer ser grande, el presumir que es sólo y pensar que lo sabe todo. Arroja los amigos, las amistades de cumplimiento, el trato de las criaturas, el apego á los hijos espirituales, el hacer del maestro y del hacendado. Arroja la demasiada inclinación al confesionario, la afición desordenada á gobernar almas, pensando que tiene esa habilidad. Arroja el amor propio, la autoridad, la presunción, el tratar del fruto que hace, el hacer alarde de las cartas que escribe, el enseñar las de los hijos espirituales para dar á entender que es grande operario. Arroja la

envidia de los otros maestros y el solicitar que vengan todos á su confesionario.

65. Finalmente, la voz interior de Dios en el alma del director engendra el desprecio, la soledad, el silencio y el olvido de los amigos, de los parientes y de los espirituales hijos, y no se acuerda de ellos sino cuando le hablan. Esta es la única señal para conocer el despego del maestro; pero hace éste más fruto callando que millares de los otros, aunque se valgan de infinitos documentos.

CAPÍTULO IX

CÓMO LA SENCILLA Y PRONTA OBEDIENCIA ES EL ÚNICO MEDIO PARA CAMINAR CON SEGURIDAD POR EL INTERIOR CAMINO Y PARA ALCANZAR LA INTERIOR PAZ.

66. Si de veras te resuelves á negar tu voluntad y hacer en todo la divina, el medio necesario es la obediencia, ora por el nudo indisoluble del voto hecho al superior en religión, ora por la libre lazada de la entrega de tu voluntad á una espiritual y experimentada guía de las calidades que acabamos de decir en los antecedentes capítulos.

67. No llegarás jamás al monte de la perfección ni al alto trono de la interior paz si te gobiernas por tu voluntad propia. Esta cruel fiera, enemiga de Dios y de tu alma, se ha de vencer. Tu propia dirección y juicio, como á rebeldes, los has de avasallar, deponer y quemar en el fuego de la obediencia. Allí se descubrirá, como en piedra de toque, si es amor propio ó divino el que sigues. Allí, en aquel holocausto, ha de aquilatarse hasta la última substancia de tu juicio y de tu voluntad propia.

68. Más vale una vida ordinaria debajo de la obediencia que la que hace por su propia voluntad grandes penitencias, porque la obediencia y sujeción, á más de estar libres de los engaños de Satanás, es el más verdadero holocausto que se sacrifica á Dios en el altar de nuestro corazón. Por esto decía un gran siervo de Dios que quería más coger estiércol por la obediencia que estar arrobado hasta el tercer cielo por su voluntad propia.

69. Sabrás que la obediencia es un camino compendioso para llegar presto á la perfección. Es imposible poder el alma alcanzar la verdadera paz del corazón si no niega y vence su juicio y rebeldía. Y para negarse y vencer su juicio, el remedio es manifestarse en todo con resolución de obedecer á quien está en lugar de Dios. *Essundite coram illo corda vestra* (Psal. LXI). Porque de todo aquello que sale de la boca con verdadero rendimiento á los oídos del padre espiritual queda libre, seguro y exonerado el corazón; el remedio, pues, más eficaz para hacer progreso en el camino del espíritu es imprimirse en el corazón que su espiritual director está en lugar de Dios y que cuanto ordena y dice es dicho y ordenado por su divina boca.

70. A la venerable madre Sor Ana María de San José, religiosa francisca descalza, le dijo Dios muchas veces *que más quería obedeciese á su padre espiritual que á Él mismo.* (*Su Vida,* párrafo 43.) A la venerable Sor Catalina Paluci dijo el Señor un día: «Debes ir á tu padre espiritual con pura y sincera verdad, como si vinieses á mí, sin buscar si es ó no es observante. Sólo has de pensar que él es gobernado por el Espíritu Santo y que está en mi lugar. Cuando observaran esto las almas no permitiré yo que ninguna sea de él engañada.» (*Su Vida,* lib. II, capítulo 16.) ¡Oh divinas palabras! dignas de estamparse en los corazones de aquellas almas que desean adelantarse en la perfección.

71. Reveló Dios á D.ª María de Escobar (*Su Vida*), que si á su parecer Cristo Señor Nuestro la mandase comulgar y su padre espiritual se lo impidiese, tenía obligación de seguir el parecer del padre espiritual. Y un santo bajó del cielo á decirla la razón; y era que en lo primero podía haber engaño y en lo segundo no.

72. A todos aconseja el Espíritu Santo en *Los Proverbios* que tomemos consejo y no fiemos de nuestra prudencia: *Ni innitaris prudentiæ tuæ* (cap. 3). Y por Tobías, dice: Que para acertar no te has de gobernar jamás por tu propio juicio, sino que siempre has de pedir parecer: *Consilium semper á sapiente perquire* (IV-14). Aunque el padre espiritual yerre en dar el consejo, no puedes tú errar en seguirle, porque obras prudentemente: *Qui judicio alterius operatur, prudenter operatur.* Y Dios no da lugar á que yerren los directores para conservar, aunque sea con milagros, el tribunal del padre espiritual, por donde se sabe con toda seguridad cuál es la divina voluntad.

73. A más de ser esta doctrina común de todos los santos, de todos los doctores y maestros de espíritus, la afianzó y aseguró Cristo Señor Nuestro, cuando dijo que los padres espirituales sean oídos y obedecidos como su propia persona. *Qui vos audit me audit* (*San Luc.*, cap. X). Y esto aun cuando sus obras no corresponden con las palabras y consejos, como consta por San Mateo: *Quæcumque dixerint vobis facite, secundum autem opera eorum facere.* (*San Mateo,* cap. II.)

CAPÍTULO X

PROSIGUE LO MISMO

74. El alma que es observante de la santa obediencia, es poseedora — como dice San Gregorio — de todas las virtudes (libro XXXV, *in Job,* cap. 12). A éstas premia Dios su humildad y obediencia, ilustrando y enseñando á su guía, á cuya dirección debe, por estar en lugar de Dios, sujetarse en todo y por todo, descubriendo con libertad, claridad, fidelidad y sencillez todos

los pensamientos, obras, inclinaciones, inspiraciones y tentaciones; de esta manera no puede engañarla el demonio y se asegura sin temor de dar cuenta á Dios de las acciones que hace y de las que omite, de modo que quien quiere caminar sin guía, si no vive engañado, está muy cerca de serlo; porque la tentación le parecerá inspiración.

75. Sabrás que para ser perfecto no te basta obedecer y honrar á los superiores, es también necesario obedecer y honrar á los inferiores.

76. Ha de ser, pues, la obediencia, para ser perfecta, voluntaria, pronta, alegre, interior, ciega y perseverante. Voluntaria, sin fuerza y sin temor; pura, sin interés terreno, sin respecto mundano ó amor propio, puramente por Dios; pronta, sin réplica ni excusa y sin dilación; alegre, sin aflicción interior y con diligencia interior; no sólo ha de ser exterior y aparente, sino de ánimo y de corazón; ciega, sin juicio propio, sujetándolo con la voluntad á aquélla de quien manda, sin investigar la intención, el fin ó la razón de la obediencia; perseverante con firmeza y constancia hasta morir.

77. «La obediencia — dice San Buenaventura — ha de ser pronta, sin dilación, devota sin dedignarse; voluntaria, sin contradicción; simple, sin examen; perseverante, sin pausa; ordenada, sin desvío; gustosa, sin turbación; valiente, sin pusilanimidad, y universal, sin excepción.» *(Tract., 8, colatio)*. Desengáñate, alma bendita, que aunque quieras hacer la voluntad de Dios con toda diligencia, no hallarás jamás el camino, sino por medio de la obediencia. En querer un hombre gobernarse por sí mismo, va perdido y engañado. Aunque el alma tenga muy altas señales de que es buen espíritu el que la habla, si no se sujeta al parecer del espiritual director, téngase por demonio. Así lo dice Gerson y otros muchos maestros de espíritus. (*Tract. de distinct. veraru. revelation,* 19.)

78. Sellará esta doctrina aquel caso de Santa Teresa: Viendo la santa madre que doña Catalina de Cardona hacía en el desierto grande y rigurosa penitencia, se resolvió á imitarla contra el parecer de su padre espiritual que se lo impedía. Díjola entonces el Señor: «Eso no, hija, buen camino llevas y seguro; ves toda la penitencia que hace doña Catalina, pues en más tengo tu obediencia.» *(Su Vida,* 369.) Desde entonces hizo voto de obedecer al padre espiritual. Y en el capítulo XXVI refiere que la dijo Dios muchas veces no dejase de comunicar toda su alma y las mercedes que la hacía con el padre espiritual y que en todo le obedeciese.

79. Mira cómo ha querido Dios que se asegurase esta celestial é importante doctrina por la Sagrada Escritura, por los santos, por los doctores, por las razones y ejemplos, para desarraigar del todo los engaños del enemigo.

CAPÍTULO XI

CUÁNDO Y EN QUÉ COSAS LE IMPORTA MÁS OBEDECER AL ALMA INTERIOR.

80. Para que sepas cuándo es más necesaria la obediencia, te quiero advertir que cuando más experimentares las horribles é importunas sugestiones del enemigo; cuando más padecieres las tinieblas, las angustias, las sequedades y desamparos; cuando más te vieres rodeada de tentaciones, de ira, rabia, blasfemia, lujuria, maldición, fastidio, desesperación, impaciencia y desolación, entonces es cuando más te conviene creer y obedecer al experimentado director, quietándote con su santo consejo para no dejarte llevar de la vehemente persuasión del enemigo, que te hará creer en la grande aflicción y desamparo, que estás perdida, que eres aborrecida de Dios, que estás en su desgracia y que ya no aprovecha la obediencia.

81. Hallaráste circuída de penosos escrúpulos, de dolores, ansias, angustias, martirios, desconfianzas, desamparo de criaturas y molestias tan acerbas que te parecerán inconsolables sus aflicciones é inspirables tus tormentos. ¡Oh, alma bendita, qué dichosa serás si crees á tu guía, si te sujetas y obedeces! Entonces caminas más segura por el secreto é interior camino de la noche obscura, aunque á ti te parecerá que vas errada, que eres peor que nunca, que no ves en tu alma sino abominaciones y señales de condenados.

82. Juzgarás con evidencia que estás espiritada y poseída del demonio, porque las señales de este interior ejercicio y horrible tribulación se equivocan con las de la invasión penosa de los espiritados y endemoniados. Cree entonces con firmeza á tu guía, porque en la obediencia está tu verdadera felicidad.

83. Estarás advertida que en viendo el demonio que un alma en todo se niega y rinde á la obediencia de su director, hace desatar todo el infierno para impedirle este infinito bien y tanto sacrificio. Suele envidioso y lleno de furor poner cizaña entre los dos, haciendo concebir al alma tedio, enojo, aversión, repugnancia, desconfianza y odio contra la guía, y tal vez se vale de su lenguaje para decirla muchos oprobios. Pero si ésta es experimentada se ríe de las sutiles asechanzas y diabólicas astucias. Y aunque el demonio procura persuadir á las almas de este estado con varias sugestiones, que no crean á su director para que no le obedezcan, ni pasen adelante, sin embargo, pueden creer y creen lo que basta para obedecer, aunque sin propia satisfacción.

84. Pedirásle á tu guía una licencia ó le comunicarás alguna recibida gracia; si al negarte la licencia ó desvanecerte la gracia porque no te ensoberbezcas, te apartas de su consejo y le dejas, es señal que fué falsa la gracia y que va arriesgado tu

espíritu. Pero si crees y obedeces, aunque lo sientas vivamente, es señal de que estás viva y mal mortificada; pero te adelantarás con aquella violenta y rigurosa medicina, porque aunque la parte inferior se turbe y se resienta, la parte superior del alma la abraza, y quiere ser humillada y mortificada porque sabe que esa es la voluntad divina. Y aunque tú no lo conoces, va creciendo en tu alma la satisfacción de la guía.

85. El medio para negar el amor propio y para deponer el propio juicio, has de saber que es sujetarte en todo con verdadero rendimiento al consejo del espiritual médico. Si éste te impide lo que tú gustas ó te manda lo que no deseas, luego se te ofrecen contra el santo consejo millares de razones falsas y aparentes, por donde se conoce que no está del todo mortificado su espíritu, ni ciego el juicio propio, enemigos capitales de la pronta y ciega obediencia y de la paz del alma.

86. Es necesario entonces que te venzas á ti misma, que superes los vivos sentimientos y que desprecies las falsas razones, obedeciendo, callando y ejercitando el santo consejo, porque de esta manera se desarraigan el apetito y el juicio propio.

87. Por eso los antiguos padres, como experimentados maestros de espíritus, ejercitaban á sus discípulos con varios y extraordinarios modos: á unos les mandaban que plantasen lechugas por las hojas, á otros que regasen los troncos secos y á otros que cosiesen y descosiesen muchas veces el hábito; todos ardides maravillosos y eficaces para probar la sencilla obediencia, y cortar de raíz la mala hierba del juicio y voluntad propia.

CAPÍTULO XII

PROSIGUE LO MISMO

88. Sabe que no darás un paso en el camino del espíritu mientras no procures vencer este fiero enemigo del juicio propio, y el alma, que no conocerá este daño, no tendrá jamás remedio. Un enfermo que conoce su enfermedad sabe de cierto que aunque tenga sed no le conviene beber, y que la medicina, aunque amarga, le aprovecha; por eso no cree á su apetito ni se fía de su juicio, sino que se sujeta á un experimentado médico, obedeciéndole en todo como á medio de su remedio. El conocer que está enfermo le ayuda á no fiarse de sí mismo y á seguir el acertado parecer del médico.

89. Todos estamos enfermos del achaque del amor y juicio propio; todos estamos llenos de nosotros mismos; no sabemos apetecer sino lo que nos daña, y lo que nos aprovecha nos desagrada y enfada. Es, pues, necesario usar el remedio del enfermo que quiere sanar, que es no creer á muchos juicios y antojos, sino al acertado parecer del espiritual y experimentado médico, sin réplica y sin excusa, despreciando las razones aparentes del

amor propio, que si de esta manera obedecemos sanaremos de cierto y quedará vencido el propio amor, enemigo de la quietud, de la paz, de la perfección y del espíritu.

90. ¿Cuántas veces te habrán engañado tus propios juicios? ¿Y cuántas veces habrás mudado de parecer con vergüenza de haberte creído á ti misma? Si un hombre te hubiese engañado dos ó tres veces, *no* te fiarás más de él, ¿pues por qué te fías de tu propio juicio habiéndote tantas veces engañado? No le creas más, bendita alma, no le creas, sujétate con verdadero rendimiento y sigue la obediencia á ciegas.

91. Estás muy contenta por tener una guía experimentada, y aun lo tendrás á gran dicha, y será de poca importancia, si estimas más tu juicio que su consejo y no te rindes en todo á él con toda verdad y sinceridad.

92. Adolece un gran señor de una grave enfermedad; tiene en su casa un célebre y experimentado médico; conoce éste, luego la dolencia, sus causas, calidades y estado, y sabiendo de cierto que se sana aquella enfermedad con rigurosos cauterios le ordena lenitivos. ¿No es un grande desatino? Si sabe que el lenitivo es de poco provecho y que el cauterio es eficaz ¿por qué no se lo aplica? Porque aunque el enfermo quiere sanar conoce el médico su interior y que no está dispuesto á recibir estas fuertes medicinas, y así le ordena prudentemente los suaves lenitivos, porque aunque con ellos no sana se conserva para que no pase á mortal dolencia.

93. ¿Qué importa que tengas el mejor director del mundo, si no tienes verdadero rendimiento? Aunque éste sea experimentado y conozca el daño y el remedio, no aplica la medicina eficaz que más te importa para negar tu voluntad, porque conoce tu interior y espíritu, que no está dispuesto para dejar desarraigar la enfermedad de tu propio juicio; y así no curarás jamás, y será milagro te conserves en gracia con tan fiero enemigo dentro de tu alma.

94. Despreciará tu guía, si es experimentado, todo linaje de mercedes, mientras no esté bien fundado tu espíritu: créele, obedece, abrazando el consejo; porque con este desprecio, si el espíritu es fingido y del demonio, se conocerá luego la soberbia secreta fraguada por el que remeda estos espiritus. Pero si el espíritu es verdadero, aunque sientas la humillación te hará notabilísimo provecho.

95. Si el alma gusta de ser estimada y que se divulguen los favores que recibe de Dios, si no obedece y cree al director que los desestima, todo es mentira y demonio el ángel que se transforma. Viendo el alma que la experimentada guía desprecia estos engaños, si es malo el espíritu, le pierde el cariño fingido que le mostraba y procura poco á poco apartarse de él buscando otro á quien engañar; porque los soberbios nunca hacen compañía con quien los humilla; pero al contrario si el espíritu es

verdadero y de Dios, con estas pruebas se dobla el amor y la constancia, tolerándolas, deseando más y más la propia desestimación, con que se califica sin engaño lo sólido del espíritu.

CAPÍTULO XIII

LA FRECUENTE COMUNIÓN ES MEDIO EFICAZ PARA ALCANZAR TODAS LAS VIRTUDES Y EN ESPECIAL LA PAZ INTERIOR.

96. Cuatro cosas son necesarias para alcanzar la perfección y paz interior. La primera, es la oración; la segunda, la obediencia; la tercera, la frecuente comunión, y la cuarta, la interior mortificación. Ya que hemos tratado de la oración y obediencia, bien será tratar ahora de la comunión.

97. Sabrás que hay muchas almas que se privan de los infinitos bienes de esta preciosa comida, por parecerles que no están bastante preparadas y que necesitan una angélica pureza. Si tú tienes un fin puro, un deseo verdadero de hacer el divino beneplácito, sin mirar la sensible devoción ni la propia satisfacción, llega con seguridad, que bien dispuesta estás.

98. En este escollo del deseo de hacer la divina voluntad, se han de romper todas las dificultades y vencer todos los escrúpulos, las tentaciones, las dudas, los temores, las repugnancias y contradicciones. Y aunque la mejor preparación es comulgar el alma con frecuencia, porque una comunión es disposición para la otra, sin embargo, quiero enseñarte dos modos de preparación. La primera, para las almas exteriores que tienen buen deseo y voluntad, y la segunda, para los espirituales que viven interiormente y tienen más luz y conocimiento de Dios, de sus misterios, de sus operaciones y sacramentos.

99. La preparación para las almas exteriores es confesarse, retirarse de las criaturas antes de la comunión, estarse en silencio, considerando qué es lo que se va á recibir y quién es el que lo recibe, y que va hacer el más grave negocio que hay en el mundo, como es recibir al gran Dios. ¡Qué favor tan singular, dejarse recibir la misma limpieza de la suciedad; la majestad, de la vileza, y el que es Sumo Creador de la más mínima criatura!

100. La segunda preparación, que es para las almas interiores y espirituales, ha de ser procurar vivir con más pureza, con mayor negación de sí mismos, con un total despego, con interior mortificación y continuo recogimiento, y caminando de este modo no tienen necesidad de prepararse actualmente porque su vida es una continua y perfecta preparación.

101. Si tú no conoces en tu alma estas virtudes, por la misma razón debes llegar con frecuencia á esta soberana mesa para alcanzarlas. No te impida el verte seca, defectuosa y fría, porque la frecuente comunión es medicina que sana los males y

aumenta las virtudes. Por el mismo caso que estás enferma, te has de llegar al médico, y por estar fría al fuego.

102. Si tú llegas con humildad, con deseo de hacer la divina voluntad y con la licencia del confesor, cada día le puedes recibir, y cada día te mejorarás y aprovecharás. No te acobardes por verte sin aquel afectuoso y sensible amor que dicen algunos es necesario; porque este afecto sensitivo no es perfecto y de ordinario se da á las almas flacas y delicadas.

103. Dirás que te sientes mal dispuesto, sin devoción, sin fervor y aun sin deseo de este divino manjar: ¿que cómo le has de frecuentar? Ten por cierto que nada de esto te impide ni te daña mientras tuvieres firme propósito de no pecar y voluntad determinada de huir de todo género de ofensa. Y si de todas las que te acordaste te confesaste, no dudes que estás bien aparejada para llegar á esta divina y celestial mesa.

CAPÍTULO XIV

PROSIGUE LO MISMO.

104. Sabrás que en este inefable sacramento se une Cristo con el alma y se hace una misma cosa con ella, cuya fineza es la más alta y admirable y la más digna de consideración y gratitud. Grande fué la fineza de hacerse hombre: mayor la de morir por nuestro amor ignominiosamente en una cruz; pero el darse todo entero al alma en este maravilloso sacramento no admite comparación. Este es el singular favor y la infinita fineza; porque no hay más que dar, ni más que recibir. ¡Oh, si lo pensásemos! ¡Oh, si lo conociésemos!

105. ¡Que quiera Dios, siendo quien es, comunicarse á mi alma! ¡Que quiera Dios hacer un recíproco vínculo de unión con ella, siendo la misma miseria! ¡Oh, almas, si comiésemos en esta celestial mesa! ¡Oh, si nos quemásemos en esta ardiente zarza! ¡Oh, si nos hiciésemos un espíritu con este Señor soberano! ¿Quién nos engaña? ¿Quién nos estorba para que no lleguemos á abrasarnos, como la salamandra, con el divino fuego de esta santa mesa?

106. Es verdad, Señor, que vos entrais en mí, todo miserable; pero es también verdad que vos quedáis en vuestra gloria, en vuestros esplendores y en vos mismo. Recibíos, pues, ¡oh, mi Jesús! en vos mismo, en vuestra belleza y majestad. Yo me alegro infinito que la vileza de mi alma no pueda perjudicar vuestra hermosura. Entrad, pues, en mí sin salir de vos. Vivid en medio de vuestros esplendores y de vuestra magnificencia, aunque estéis en mi obscuridad y miseria.

107. ¡Oh, alma mia, qué grande es tu vileza y qué grande tu pobreza! ¿Quién es, Señor, el hombre, que así os acordáis de él, que así le visitáis y engrandecéis? *(Job,* cap. VII.) ¿Quién es

el hombre, que así le estimáis, queriendo tener con él vuestras delicias y habitar personalmente en él con vuestras grandezas? ¿Cómo, Señor, la miserable criatura podrá recibir la infinita majestad? Humíllate, alma mía, hasta el profundo de la nada, confiesa tu indignidad, mira tu miseria y reconoce la maravilla del divino amor que se deja envilecer en este incomprensible misterio para comunicarse y unirse contigo.

108. ¡Oh grandeza del amor! ¡Que se encierre el amoroso Jesús en una pequeña hostia! ¡Que se cierre este gran Señor en una cárcel por mi amor! ¡Que se haga en cierto modo esclavo del hombre, dándose todo El y sacrificándose por él al Padre Eterno! ¡Oh divino encarcelado! Encarcelad fuertemente mi corazón para que no vuelva jamás á su libertad, sino que todo aniquilado muera al mundo y quede con vos unido.

109. Si quieres alcanzar en sumo grado todas las virtudes, llega, alma bendita, llega con frecuencia, porque todas están represas en esta sacrosanta mesa. Come, alma, de este celestial manjar, come y persevera, llega con humildad, llega con fe á comer el divino y blanco pan, porque es el blanco de las almas y de allí tira el amor las flechas diciendo llega el alma; y come este sabroso manjar si quieres alcanzar la limpieza, la caridad, la pureza, la luz, la fortaleza, la perfección y la paz.

CAPÍTULO XV

DECLÁRASE EN QUÉ TIEMPO SE DEBEN USAR LAS EXTERIORES Y CORPORALES PENITENCIAS, Y CUÁN NOCIVAS SON CUANDO SE HACEN INDISCRETAMENTE POR EL PROPIO JUICIO Y PARECER.

110. Sabrás que hay algunas almas que por estimarse más en santidad vienen á quedarse muy atrás en ella, haciendo penitencias indiscretas, como los que quieren cantar más de lo que sus fuerzas alcanzan, que por el mismo caso que las sacan de flaqueza para hacerlo mejor lo hacen peor.

111. En este barranco han caído muchos sin querer rendir su juicio á sus padres espirituales, pareciéndoles que si no se arrojan á rigurosas penitencias, jamás llegarán á ser santos, como si en sólo ellos estuviera la santidad. Dicen que quien poco siembra poco recoge, y ellos no siembran otra semilla con sus indiscretas penitencias, que amor propio en lugar de arrancarle.

112. Pero lo peor que hay en estas indiscretas penitencias es que con el uso de estos secos y estériles rigores se engendra y connaturaliza una amargura de corazón para consigo y para con los prójimos, que es bien ajena del verdadero espíritu; para consigo, porque no se experimentan la suavidad del yugo de Cristo y la dulzura de la caridad, sino sólo la aspereza de las penitencias con que queda el natural desabrido, de donde viene

á estarlo también con los prójimos, á notar y reprender muchos sus faltas, á tenerlos por imperfectos y defectuosos, por el mismo caso que los ve ir por otro camino menos rígido que el suyo. De ahí nace el ensoberbecerse con sus ejercicios y penitencias, viendo que son pocos los que las hacen y teniéndose por mejores que los otros, con que vienen á dar una una gran baja en las virtudes. De aquí la envidia de los otros, por verlos menos penitentes y más favorecidos de Dios, indicio claro que ponían la confianza en sus propias diligencias.

113. El sustento del alma es la oración, y el alma de la oración es la interior mortificación; porque aunque las penitencias corporales y todos los demás ejercios, con los cuales se castiga la carne, sean buenos, santos y loables—mientras sean con discreción moderados, según el estado y calidad de cada uno y por el parecer del espiritual director—sin embargo, no granjearás virtud alguna por estos medios, sino vanidad y viento de vanagloria, si no nacen del interior. Por esto sabrás ahora en qué tiempo has de usar más principalmente las exteriores penitencias.

114. Cuando el alma comienza á retirarse del mundo y del vicio, debe domar el cuerpo con vigor para que se sujete al espíritu y siga la ley de Dios con facilidad. Importa entonces jugar las armas del cilicio, ayuno y disciplina, para arrojar de la carne las raíces del pecado. Pero cuando el alma se va entrando en el camino del espíritu, abrazando la interior mortificación, se deben templar las penitencias del cuerpo, por estar bastantemente trabajado del espíritu: el corazón se debilita, el pecho padece, el cerebro se cansa y todo el cuerpo queda pesado é inhábil para las funciones del alma.

115. Debe, pues, atender el sabio y experimentado director á no permitir á estas almas que ejecuten los excesos de penitencia corporal y exterior á que son movidas por la grande estimacion de Dios, que conciben en el recogimiento interior tenebroso y purgativo, porque no es bien consumir el cuerpo y el espíritu á un mismo tiempo, ni cortar las fuerzas por las rigurosas y excesivas penitencias, ya que con la interior mortificación se van disminuyendo. Por eso dijo muy bien San Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios:* «Que en la vía purgativa eran necesarias las corporales penitencias, que en la iluminativa se habían de moderar y mucho más en la unitiva.»

116. Pero dirás que los santos usaban siempre horribles penitencias. No las hacían con indiscreción ni por su propio juicio, sino por el parecer de sus superiores y guías espirituales, los cuales se las permitían porque reconocían eran movidas interiormente del Señor á estos rigores para confundir con su ejemplo la miseria de los pecadores, ó por otros muchos fines. Otras veces se las permitían para que humillasen el fervor del espíritu y contrapesasen los raptos, todos los cuales son motivos particulares y no hacen regla general para todos.

CAPÍTULO XVI

LA DIFERENCIA GRANDE QUE HAY DE LAS PENITENCIAS EXTERIORES Á LAS INTERIORES.

117. Has de saber que son muy leves las mortificaciones y penitencias que uno se toma por sí, aunque sean las más rigurosas que hasta hoy se han hecho, en comparación de las que lleva por mano ajena, porque en las primeras entra él y la propia voluntad, que menoscaban el sentimiento cuanto es más voluntario, pues en fin hace lo que quiere. Pero en las segundas todo es penoso, lo que se lleva y el modo con que se lleva, que es por voluntad ajena.

118. Esto es lo que Cristo, Señor nuestro, dijo á San Pedro y á todos en él como cabeza de toda la Iglesia: «Cuando eras mozo y principiante en la virtud tú te ceñías y mortificabas, pero cuando pases á escuelas mayores otro te ha de ceñir y mortificar.» Y entonces si me quieres seguir perfectamente negándote del todo á ti mismo, has de dejar esa tu cruz y tomar la mía; esto es, llevar bien que otro te crucifique.

119. No hay que hacer diferencia entre éstos y aquélla; tu padre y tu hijo, tu amigo y tu hermano han de ser los primeros en mortificarte, y levántanse contra ti, y esto con razón y sin ella, pareciéndoles embuste, hipocresía ó imprudencia la virtud de tu alma y poniendo estorbos á tus santos ejercicios. Esto y mucho más te sucederá si de veras quieres servir al Señor y dejarte purificar de su mano.

120. Desengáñate que aunque son buenas las mortificaciones y exteriores penitencias que tú mismo tomarás por tu mano, no alcanzarás por ella la perfección, porque aunque doman el cuerpo no purifican el alma ni purgan las interiores pasiones, que son las que impiden la perfecta contemplación y divina unión.

121. Es muy fácil mortificar el cuerpo por medio del espíritu; pero no el espíritu por medio del cuerpo. Verdad es que en la mortificación interior y del espíritu para vencer las pasiones y desarraigar el amor y juicio propio importa trabajar hasta la muerte sin perdonar punto, aunque el alma se halle en el más alto estado, y así en la interior mortificación se ha de poner el principal cuidado, porque no basta la corporal y exterior aunque sea buena y santa.

122. Aunque uno reciba las penas de todos los hombres juntos y haga más ásperas penitencias que hasta hoy se han hecho en la Iglesia de Dios, si no se niega y mortifica con la mortificación interior, estará muy lejos de llegar á la perfección.

123. Buena prueba de esta verdad lo que le sucedió al beato Enrique de Suson, que después de veinte años de rigurosos cilicios, disciplinas y abstinencias tan grandes que sólo el leerlo

mete grima, le comunicó Dios una luz por medio de un éxtasis, con la cual llegó á conocer que no había comenzado y fué así, que hasta que el Señor le mortificó con tentaciones y grandes persecuciones no llegó á la perfección. (*Su vida,* cap. 23.) Con esto te desengañarás y conocerás la diferencia grande que hay de las persistencias exteriores á las interiores y de la mortificación interior á la exterior.

CAPÍTULO XVII

CÓMO SE HA DE PORTAR EL ALMA EN LOS DEFECTOS QUE COMETIERE PARA NO INQUIETARSE Y PARA SACAR FRUTO DE ELLOS.

124. Cuando cayeres en algún defecto en cualquiera materia que sea, no te turbes ni te aflijas, porque son efectos de nuestra flaca naturaleza, manchada por la original culpa, tan propensa al mal que tiene necesidad de especialísima gracia y privilegio, como le tuvo la Virgen Santísima para quedar libre y exenta de las veniales culpas. (*Concil. Trid. Ser.*, cap. 23.)

125. Si cuando caes en el defecto ó negligencia te inquietas ó alteras, es señal manifiesta que reina todavía en tu alma la soberbia secreta. ¿Pensabas que ya no habías de caer en defectos y flaquezas? Si aun á los más santos y perfectos les permite el Señor algunas leves caídas y les deja algunos resabios que tuvieran cuando principiantes, para tenerlos más seguros y humillados y para que piensen siempre que nunca han pasado de aquel estado, pues están todavía en las faltas de los principios; ¿de qué te maravillas tú si caes en algún leve defecto ó flaqueza?

126. Humíllate, conoce tu miseria y dale á Dios las gracias de haberte preservado de infinitas culpas en que infaliblemente hubieras caído y cayeras según tu inclinación y apetito. ¿Qué se puede esperar de la deleznable tierra de nuestra naturaleza, sino malezas, abrojos y espinas? Es milagro de la divina gracia no caer cada instante en innumerables culpas. Escandalizaríamos á todo el mundo si Dios continuamente no nos tuviera du su mano.

127. Te persuadirá el enemigo común, luego que cayeres en algún defecto, que no vas bien fundado en el camino, que vas errado, que no te enmendaste de veras, que no hiciste bien la confesión general, que no tuviste el verdadero dolor y que así estás fuera de Dios y en su desgracia. Y si alguna vez repitieres por desgracia el venial defecto, ¡qué de temores, cobardías, confusiones y vanos discursos te pondrá el demonio! Te representará, que empleas en vano el tiempo en que no haces nada, que tu oración es infructuosa, que no te dispones como debes para recibir la divina eucaristía; que no te mortificas según lo prometes á Dios cada día; que la oración y comunión sin mortificación es una pura vanidad. Con esto se hará desconfiar de la

divina gracia, representándote tu miseria y haciéndola gigante, dándote á entender que cada día se empeora tu alma, en lugar de aprovecharse, pues se ve con repetidas caídas.

128. ¡Oh! alma bendita, abre los ojos y no te dejes llevar de los engañosos y dorados silbos de Satanás, que procura tu ruína y cobardía con esas razones falsas y aparentes. Cercena esos discursos y consideraciones y cierra la puerta á todos esos vanos pensamientos y diabólicas sugestiones. Depón esos vanos temores y ahuyenta la cobardía, conociendo tu miseria y confiando en la divina misericordia. Y si mañana volvieres á caer, como hoy, vuelve más y más á confiar en aquella suprema y más que infinita bondad, tan pronta á olvidarse de nuestros defectos y á recibirnos en sus brazos como amorosos hijos.

CAPÍTULO XVIII

PROSIGUE LO MISMO

129. Debes, pues, siempre que cayeres en algún defecto, sin perder tiempo, ni hacer discursos sobre la caída, arrojar el vano temor y cobardía, sin inquietarte, ni alterarte, sino conociendo tu defecto con humildad, mirando tu miseria; vuélvete con amorosa confianza al Señor, poniéndote en su presencia y pidiéndole perdón con el corazón, y sin ruído de palabras, quédate con sosiego en haciendo ésto sin discurrir, si te ha ó no perdonado, volviendo á tus ejercicios y recogimiento como si no hubieras caído.

130. ¿No será necio el que habiendo salido con otros á correr la joya, por haber caído en lo mejor de la carrera, se estuviese en tierra llorando y afligiendo, discurriendo sobre la caída? ¡Hombre!—le dirán—no pierdas tiempo; levántate y vuelve á correr, que el que con brevedad se levanta y continúa su carrera, es como si no cayera.

131. Si deseas alcanzar el alto grado de la perfección y de la interior paz, has de jugar la espada de la confianza en la divina bondad de noche y de día y siempre que cayeres. Esta humilde y amorosa conversación y total confianza en la divina misericordia has de usar en todas las faltas, imperfecciones y defectos que con advertencia ó sin ella cometieres.

132. Y cuando caigas muchas veces y te veas pusilánime, procura animarte y no afligirte, porque lo que Dios no hace en cuarenta años lo hace tal vez en un instante con particular misterio para que vivamos bajos y humillados y para que conozcamos es obra de su poderosa mano el librarnos de los defectos.

133. Quiera Dios también con su inefable sabiduría que no sólo de las virtudes, pero también de los vicios y pasiones con que el demonio procura y pretende derribarnos hasta los abismos, hagamos escala para subir al cielo: *Ascendamus etiam per*

vitiam et passiones nostras, dice San Agustín, *(Serm. III, Ascen.)* Para que no hagamos de la medicina ponzoña y de las virtudes vicios, desvaneciéndonos con ellas, quiere Dios hacer de los vicios virtudes, sanándonos con aquello mismo que nos había de dañar. Así lo dice San Gregorio: *Quia ergo nos de medicamento vulnus facimus, facit ille de vulnere medicamentum ut qui virtute percutimur vitio curemur.* (Lib. XXXVII, cap. 17.)

134. Por medio de las pequeñas caídas nos da el Señor á entender que Su Majestad es el que nos libra de las grandes, con lo cual nos trae humillados y desvelados, que es de lo que más necesidad tiene nuestra altiva naturaleza. Y así, aunque debes andar con mucho cuidado en no caer en ningún defecto ni imperfección, si te vieres caído una y mil veces debes usar del remedio que te he dado que es la amorosa confianza en la divina misericordia. Esta es el arma con que has de pelear y vencer la cobardía y los vanos pensamientos. Este es el medio que has de usar para no perder el tiempo, para no inquietarte y para hacer progreso. Este es el tesoro con que has de enriquecer tu alma. Y por aquí, finalmente, has de llegar al alto monte de la perfección, de la tranquilidad y de la interior paz.

FIN DEL LIBRO II

(Continuará)

LOS SENTIDOS INTERNOS

El hombre es un sér complejo constituído por siete principios ó elementos diferentes.

Su temperamento, sus tendencias y su natural se encuentran determinados por el elemento predominante.

Para la generalidad, este elemento es el principio manásico que es la misma *personalidad* del hombre.

«Cuando puede elevarse hasta unirse con el sexto principio (1), alma espiritual, esta *personalidad,* dice Mr. A. P. Sinnet en su *Buddhismo exotérico*, conserva á través de las innúmeras existencias, una *permanente individualidad.*»

En la mayor parte de los individuos el *Manas* sufre la influencia del *Karma* y es esclavo de las energías del yo inferior.

Cualquiera que desee oir la *Voz del Silencio,* la voz sin pala-

(1) Debe unirse, primero con el Manas superior y luego con el sexto principio.

bras de la Naturaleza Entera, debe previamente dominar esas groseras energías.

Así, después que hace muchísimo tiempo que ha roto uno sus cadenas kármicas, es cuando llega uno á desear convertirse en un «paseante ó transeunte del cielo» (1), sin que le preocupen los vientos, los huracanes que hay arriba y sin que toque con sus pies las aguas.... (2).

«Es imposible aprender mientras no se gane la primera batalla» (3).

Esta primer victoria es para el adepto la conquista de sus sentidos externos que mantienen el error de la personalidad física, y la liberación de los sentidos internos que, solos, pueden permitir el sumergirse en las espléndidas y misteriosas profundidades del Sér y estudiar con certeza las leyes del Sér, las leyes de la naturaleza y las leyes de lo sobrenatural (4).

Hasta aquí el ego humano cautivo en su crisálida de carne y de materia, es impotente para unirse al «pensador silencioso» y no puede percibir la luz que está en él, la luz del mundo invisible, la única que puede exterderse sobre el Sendero.

La existencia de los sentidos internos es negada por los materialistas.

Y sin embargo, aparte de las numerosas experiencias familiares á los estudiantes de la ciencia sagrada, la mayor parte de las manifestaciones de la vida ordinaria demuestran en realidad con una evidencia que se impone.

¿No es incontestable que sin la posesión de sentidos especiales y de órganos aferentes á cada uno de los planos de diferenciación de la Substancia, no podríamos tener conciencias de esos planos ni de los fenómenos correspondientes?

Es así como la imaginación, la memoria, el sueño, que consisten en la percepción de imágenes, de reflejos existentes en la región astral (ese receptáculo de todas las formas), implican lo mismo que la intuición y el éxtasis (que consisten en la percepción de entidades que pertenecen á los mundos inteligibles), de sentidos y por consecuencia de aparatos para la visión subjetiva.

En efecto, si como pretenden los materialistas percibimos

(1) Es el iniciado que viaja en cuerpo mayávico.

(2) *Voz del Silencio.*

(3) *Luz en el Sendero.*

(4) *Voz del Silencio.*

esas imágenes, esos reflejos, esas entidades con los ojos del cuerpo, los ciegos de nacimiento estarían desprovistos de toda facultad imaginativa y especulativa.

Pero los hechos prueban perentoriamente que la ceguera física no entraña de ningún modo la ceguera mental.

Es, pues, con ayuda de los sentidos y de los órganos materiales con lo que los sonámbulos, como los sujetos magnetizados, ven y entienden; con lo que los poetas y los artistas perciben sus sublimes inspiraciones, tales como esos maravillosos actores que, en otro tiempo, en las criptas inmensas de los templos subterráneos en los santuarios de la India, Thibet, de la Persia, de Egipto y de Caldea, dormidos en un sueño estático, pero despiertos á la gran luz interior por los sacerdotes, iban á coger en el Alma del mundo la escena ideal fijándola en su actitud y en su expresión ante las miradas deslumbrantes de los Decutias, los Romanos y los Ariavasta.

¿Es con los ojos de la carne con los que el discípulo puede encontrar el áspero sendero que lleva al maestro y adquirir la percepción de las cosas existentes y el conocimiento de lo no existente? ¿Con lo que los Arhats, los sabios de la visión infinita, raros como la flor del árbol Udombara, ejercen su facultad de ver y saber así á distancia como de cerca?

Hay dos percepciones en nosotros: una externa limitada á nuestro plano de conciencia terrestre, á las claridades engañosas y á los espejismos de las ilusiones psíquicas; otra interna que el alma realiza por sí misma, por medio de su sensibilidad y de su diáfano, y que no se verifica sino cuando los ojos de lo que Swedenborg llama «nuestro interior» están abiertos y, cuando tenemos suficientemente desenvuelta nuestra clarividencia íntima, pudiendo percibir la luz una que ilumina la vida, que permite distinguir lo verdadero de lo falso, lo siempre efímero de lo siempre durable, y descubrir por encima de las fantasmagorías mayávicas y de las falsas sugestiones de la fantasía, el inmutable SAT, la única realidad, la eterna y absoluta verdad.

Emilio SIFFERT.

POR LOS LIBROS Y REVISTAS

La ciencia y el problema de la vida futura.

J. Hundry-Menos, examina bajo este título en *La Revue* francesa, las conclusiones de la gran obra de Mr. F. W. H. Myers, *La Personalidad humana, su supervivencia y sus manifestaciones supra-normales* (*Human Personality and its survival of bodily death*), que hace poco se ha traducido al francés.

La obra de Mr. Myers, cuya aparición fué señalada oportunamente á nuestros lectores, es en verdad uno de los esfuerzos más poderosos que se han hecho en los tiempos actuales dentro del pensar occidental de Europa, para llegar á la conclusión de la inmortalidad del alma. Mr. Myers se ha propuesto, como ha dicho en su obra, «mostrar lo que se puede hacer para suprimir ese tabique artificial divisorio que excluye hasta aquí del dominio científico los problemas cuya solución tiene más necesidad de procedimientos y métodos científicos.» Y al efecto, con copiosos materiales que despliega hábilmente ante los ojos del lector, se ve indiscutiblemente por todos que la ciencia no puede decir que la inmortalidad no exista. Este trabajo es, pues, comparable por su sagacidad y por los beneficios que reporta para todos los investigadores futuros, algo semejante al nobilísimo empeño del famoso Cagrange, que consagró gran parte de su copioso saber á demostrar la imposibilidad de toda demostración de una exacta cuadratura del círculo.

He aquí como termina J. Hundry-Menos el interesante trabajo á que hemos hecho referencia:

«Resumiendo todo lo que precede, comprobamos que frente á la ciencia no puede afirmarse que la conciencia del hombre sobreviva después de la muerte del cuerpo, si esa conciencia no tiene un vehículo para manifestarse sobre el plano invisible al ojo físico, donde la religión pretende que ocurre. Pero desde el momento en que los físicos comienzan á admitir el éter á título de hipótesis y de una substancia primordial de la que han salido los minerales por vía de involución, se pueden admitir estados de materia etérea invisible para nuestra vida física, donde pueden existir también las formas que serán igualmente invisi-

bles para nosotros. De hecho, la vida orgánica podría haber evolucionado de los elementos etéreos. Evolucionaría sin cesar, porque esa materia sutil no existe *per sé*, como lo prueban las experiencias químicas y físicas. En diversos grados de densidad interpenetra en todos los cuerpos. El hombre, así como todos los cuerpos compuestos, conservaría á través de su evolución cósmica un doble etéreo. La radio-actividad no sería más que una primera señal de ello.

»Ciertas enfermedades de los centros nerviosos permiten, bajo la acción de pases magnéticos, observar fenómenos que pa- recen atestiguar la existencia de un vehículo además del cuerpo denso, y se diría que esas capas son el verdadero asiento de nuestras sensaciones y de nuestra memoria. Los hechos parecen implicar también la existencia de sentidos hiperfísicos; apoyan la hipótesis de un vehículo sutil, determinando la morfología del ser vivo. Además, muchas personas de salud normal, entre las que se despiertan esos sentidos por intervalos ó de una ma- nera continua, afirman ver ese vehículo y ciertos fenómenos que pasan sobre el plano al que pertenecen por su constitución material.

»Los datos, ya numerosos, que suministra la ciencia para sostener esa hipótesis, corroboran desde luego las antiguas no- ciones sobre este asunto. La filosofía más reputada de la India y de la Grecia hablan de ese vehículo sutil que denominaban según los planos etéreos donde le creían capaz de funcionar du- rante el sueño, el trance ó después de la muerte. En los prime- ros siglos de la era cristiana se creía en su existencia, y seme- jante conocimiento fué trasmitido por la escuela neoplatónica de Alejandría.

»En nuestra época está, pues, plenamente justificado llevar la atención científica sobre este punto. En frente á los hechos anormales, será preciso que las gentes ilustradas dejen de sentir esa falsa vergüenza que les incita á separarse de ella para que no se les tome como crédulos y supersticiosos. Por lo contrario, en interés de la ciencia, deben observarlos, comprobarlos y ano- tarlos de una manera escrupulosamente verídica.

»Nada anormal ni sobrenatural puede manifestarse en el universo; pero nosotros no conocemos más que una ínfima par- te de lo que contiene. Para que un hecho fuera normal ó sobre- natural, tendría que venir de fuera del universo, y afirmarlo

equivaldría á decir un contrasentido. No obstante, aunque no conozcamos aún más que una ínfima parte de lo que contiene este cosmos, debiendo contener el hombre en sí todos los elementos constitutivos en estado potencial, microcosmo del macrocosmo — así como el germen contiene el sér entero —, á medida que comprenda todo lo que para en él progresará en su saber.

»Aproxímase quizá el momento en que descubra todo lo que los sentidos físicos le puedan mostrar, y como querrá saber más, deberá desenvolver sus sentidos hiperfísicos que, como hemos visto, existen ya, aunque no se manifiestan sino en raros individuos.

»Cuando uno de esos individuos quiere servirse de uno de esos sentidos, se le pone ó se pone él mismo en trance, es decir, aisla su conciencia del mundo exterior á fin de obtener una visión, una audición ó una sensación superfísica. Esto parece indicar que, para obtener esas mismas facultades de percepción, debemos emplear el mismo medio. Esa es, al menos, la conclusión de los hechos observados hasta ahora. La persona extralúcida que lee en vosotros escenas de vuestra vida pasada no obra de otra manera. Uno podría convencerse por la observación que, en los minutos en que ella *ve,* toda su conciencia se ha retirado de sus sentidos físicos, y vosotros habréis cesado de existir para ella en estado denso.

»Pasamos todos fugitivamente por esa experiencia cuando nos quedamos absortos, sobre todo en esos momentos de potente concentración que revelan á los mejor dotados de entre nosotros de formas é ideas nuevas en el dominio del arte, de la ciencia ó de las concepciones abstractas. Nos transportaremos á lo que la religión llama el más allá, y que ella coloca en un lugar extra-terrestre. Ese lugar está en todas partes, en nosotros y á nuestro alrededor. Tenemos de ello un conocimiento intuitivo con ayuda, según parece, de un vehículo especial. Algunos individuos, muy raros, tienen de ello un conocimiento directo. Se dirá entonces que ese vehículo está dotado de sentidos correspondientes al estado de la materia en que funciona. Allí estará el depósito donde floten las imágenes y las formas de todo lo que la humanidad ha pensado y piensa. Nosotros hacemos en él nuestra parte remodelándola, y la imprimimos de nuevo en el éter más indeleblemente que en un cuadro, en una estatua ó en un libro.

*

»Estas ideas no son nuevas. Muchos filósofos griegos las han defendido, y antes de éstos la filosofía india, á quien nuestra civilización cristiana tiene en tan poquísima estima porque no ha querido saber nada. Pero los espíritus más avanzados de nuestra época comienzan á adivinar que el péndulo del gran reloj del tiempo, después de haber oscilado hacia el Oeste, vuelve sobre sí y se dirige hacia Oriente. Es más, presienten que si el pensamiento occidental y el oriental llegaran á unirse un día, su acuerdo prepararía un prodigioso impulso en la conciencia humana.»

Á propósito de unas palabras del kaiser.

La Reforma Argentina, de Buenos Aires, dice lo siguiente á propósito de un telegrama, en el que dando cuenta del discurso que el emperador Guillermo pronunció ante los reclutas al tomarles juramento, después de hablarles de la guerra ruso-japonesa, dijo estas palabras:

«*Un triunfo de los japoneses no demostraría de ningún modo la superioridad de Bhuda sobre Jesucristo.*

»*La derrota definitiva de los rusos demostraría tan sólo que éstos no son buenos cristianos, pero no la superioridad de los japoneses, los cuales son un fragelo de Dios, como lo eran Atila y Napoleón, que el Todopoderoso emplea para castigar la maldad de los hombres.*»

¿La medida de Jesús y de Buda es el triunfo de la barbarie contra sí misma? Es Guillermo, el emperador de una nación que pretende ser evangélica, quien emite juicio semejante, muy digno de los adoradores de Marte, Vulcano ó Venus, de aquellos dioses que guiaban los ejércitos á la matanza y que, como el *dios de las batallas*, se complacían en el masacre y en la destrucción de pueblos enteros, bajo el filo de las espadas de los elegidos. La superioridad de Bhuda sobre Jesucristo, ó á la inversa, se prueba por el amor que declara guerra á la guerra, por la faternidad humana que hace hermanos á todos los hombres, por la paz y la misericordia, por la caridad que no vuelve mal por mal, que no tiene ejércitos de *buenos cristianos* dispuestos á asesinar á miles de padres y de hijos y á dejar á los hogares en el luto y en la desolación. La superioridad de Jesucristo sobre Bhuda, se prueba por la eliminación del comediante coronado, que explota las pasiones y está dispuesto, en nombre del dios de sus batallas, á dejar á los hombres sin hogar y sin pan

para conquistar una gloria de infierno sobre montones de cadáveres, complaciéndose en los alaridos de agonía, en la sangre que enrojece las patas de su caballo, en miles de cuerpos destrozados por la metralla, en las maldiciones de los que caen y en la ferocidad de todos. ¿Los japoneses son un flagelo de Dios? ¡Desgraciado, miserable el que habla en tal forma de Dios! ¡Se llama cristiano, buen cristiano, y no sabe que Dios es amor! Atila Napoleón, Guillermo y otros como ellos, son el flagelo de la fatalidad, creada por los pueblos que se renuncian á sí mismos y que se entregan á la muerte, desconociendo, ultrajando, blasfemando contra el Amor que les ha formado para la vida. Para castigar la maldad de los hombres basta con la maldad de los hombres, y para castigar á Atila, á Napoleón ó á Guillermo, que envidia á Atila, á Napoleón, y que representa á su pueblo cristiano el ejemplo de las barbaries como gloria nacional, la fatalidad es suficiente. No es necesaria la intervención de Dios. Los japoneses bhudistas no pueden tomar las armas contra los hombres porque Bhuda predicó la fraternidad universal. Y los alemanes, franceses, rusos ó argentinos cristianos, no lo pueden tampoco por la misma razón. Los que se matan como bestias feroces y se glorian en la muerte, son dignos de ser guíados por los Guillermos. Jamás lo serán por el Hijo del hombre é Hijo de Dios.

Los mayas primitivos. Con este título ha dado á la estampa en Mérida de Yucatán (México), un curiosísimo y precioso libro D. Manuel Rejón García, más conocido en el mundo de las letras por su pseudónimo *Marcos de Chimay*. Es muy meritoria y excelente la labor de este docto escritor mejicano, y yo me permito llamar la atención sobre este estudio que, modesto en apariencia y hasta mal presentado tipográficamente, es un libro de mérito indiscutible. Y lástima grande también que, como todas las obras americanas, sólo puedan conocerlas entre nosotros unos cuantos centros de cultura y algunos *iniciados* nada más.

La tesis general del libro del Sr. Rejón es afirmar y comprobar que los mayas descienden de los antiguos egipcios, opinión que sostiene con gran valentía y acopio de datos escogitados en el examen comparativo de los monumentos, los jeroglíficos, el idioma y la religión y moral de uno y otro pueblo.

He aguí las palabras del autor que preceden á tan interesante estudio.

«Tradición verdadera del origen de los pobladores de la península yugateca y tierras limítrofes, en que se nos habla de los Itzaes, consejo de los naturales ó fruto de la imaginación del relator, la relación que nos hizo un aborigene, y que con el título de *El enano de Coba* publicamos, nos dejó honda impresión en el ánimo.

»Aquellas palabras de que Ac Ahau, llegado de otras regiones, cantaba con el tunkul himnos sagrados ensalzando un río que, saliendo temporalmente de su cauce inundaba la tierra, fertilizándola, nos tuvo mucho tiempo preocupados.

»Estudios posteriores nos hicieron reconocer este río en el Nilo, á quien los griegos llamaron Aygiptos, y cuyas causas de crecidas son conocidas desde los importantes trabajos tabulares de Enrique Barth, que los explica con las lluvias tropicales y la fusión de la nieve en las altas montañas del Ecuador.

»Habiendo encontrado este dato, siguióse la pregunta natural si sería el río de la referencia maya, y mucho vacilamos antes de aceptarlo, pues sería el punto de partida para el importante estudio que nos ocupa; por otra parte, el examen de varias voces y nombres chinos y japoneses, semejantes á los mayas, hasta en la ausencia de la *r*, cuya letra pronuncian los chinos *ale*, parecían establecer cierta analogía en el idioma y ser ésta una de las pruebas que dieron á la China ó al Japón la ascendencia de los primeros pobladores de Yucatán; pero la abundancia de la *f* en el idioma de Confucio, cuyo sonido no existe en maya, y la bondadosa deferencia de un amigo que hizo llegar á nuestras manos los estudios de D. Manuel Larraiznar sobre la historia de América, sus minas y antigüedades, en las cuales hace un examen comparativo de los monumentos de varias naciones de la más remota antigüedad, probando que sólo existe analogía entre nuestras ruínas y las egipcias, rectificaron nuestro juicio.

»Grande fué nuestra satisfacción al conocer el interesante trabajo de Larrainzar, norte y ruta segura del nuestro, que continuamos desde entonces con fe y perseverancia, hasta adquirir una convicción completa de que el pueblo maya se deriva del egipcio, que á su vez reconoce la ascendencia de Misraim, hijo segundo de Cham.

»Reconócese en el Egipto un pueblo de la más remota antigüedad, la que prueba la siguiente cita de Jorge Ebers: «aunque los caldeos según los informes de Aristóteles, poseían cálculos astronómicos que se remontaban á 1903 años antes de Alejandro, es decir, 2234 antes de J. C., sin embargo, es cierto que la astronomía egipcia es más antigua, y según Diodoro (I, 81), los sacerdotes egipcios afirmaban que los caldeos de Babilonia eran colonistas egipcios instruídos por los sacerdotes».

»Además de cita tan interesante, prueban esta antigüedad sus monumentos, cuyos jeroglíficos pertenecen ya al dominio de la ciencia; el estudio constante y meritísima labor de los sabios, derrama luz meridiana sobre sus trazos, antes misteriosos é indescifrables.»

Por las Revistas. La revista *Theosophia,* de Amsterdam, publica en su número de Junio, entre otros trabajos, un artículo muy notable sobre *Los siete sacramentos de la iglesia romana,* por el Dr. M. Schoemakers, y otro sobre *La creencia popular en el alma,* de P. Picters Fr., y prosigue además la traducción del trabajo de Annie Besant sobre *La genealogía del hombre.*

The Teosophist, de Madras, continúa la publicación del *Diario,* del presidente de la Sociedad Teosófica, Mr. H. S. Olcott, y publica además unas notas de Mr. A. Schwatz sobre la obra de Annie Besant *La genealogia del hombre,* notas sobre las que llamamos especialmente la atención de nuestros lectores.

Theosophischer Wegweizer, de Leipzig, prosigue publicando sus interesantes trabajos sobre *La poesía mística mahometana* y continúa la del *Glosario teosófico.*

ARIMI

Notas, Recortes y Noticias.

Una prueba vegetariana de resistencia. Según vemos en las revistas de La Plata, Astorga, el campeón de la resistencia y de la frugalidad, ha vuelto á Buenos Aires para despertar de nuevo su acción agonizante por la soledad de Guaymallén.

Astorga tiene el propósito de explorar el Chaco donde aún ningún otro ha llegado, y hasta la formación del Pilcomayo,

para cuyo objeto se presentó al ministro de la Guerra y de Marina solicitando los elementos que necesita para el viaje.

El Gobierno accedió á su pedido y partió el día 18 de Mayo en el vapor Montevideo, acompañado del Sr. Valentín Arena, capitán de milicias, de treinta y nueve años de edad, y Luis Fontela, bachiller del Colegio Nacional, de veinte años, con destino á Formosa. Una vez allí se incorporarán al terceto ocho soldados del regimiento 12 de caballería y dos baqueanos; además se le darán 20 mulas, armas, harina de maíz y sémola; la polenta será para los acompañantes, porque Astorga se propone alimentarse con hierbas y frutas crudas solamente. Los milicos sin duda no lo harán, porque no son elegidos voluntarios; comerán todo lo que podrán cazar.

Esta clase de expediciones siempre resultarán en beneficio de la humanidad. Aunque Astorga por allí no podrá descubrir una nueva América, no obstante será en favor del vegetarianismo. Por lo pronto Astorga cree obtener los 30.000 pesos que el Gobierno de Bolivia ha ofrecido al que llegue al Pilcomayo; él dice que los va á repartir entre sus compañeros porque desprecia por completo el dinero.

La múltiple personalidad humana. Según vemos en *La Revue*, el Dr. Albert Wilson ha publicado sobre este asunto interesantes observaciones. Según él, el yo podría subdividirse en varias personalidades dependientes de los diversos períodos de la vida. Resumiendo los trabajos conocidos de Ferrier y otros fisiólogos sobre el cerebro y sus regiones ó geografía sensorial, el sitio del tacto, el del oído, etc., lo que se llama, en una palabra, la teoría de las circunvoluciones, Mr. Wilson ha emitido la hipótesis de que la escala piramidal se compone de diez capas. Una corresponde, por ejemplo, á la vida intelectual de tres á cinco años, otra hasta los quince, otra hasta los veinte y así sucesivamente. Y esas capas corresponde cada una á una personalidad.

De ordinario no hay una interrupción sensible en el carácter de un mismo individuo, pues la transición de una personalidad á otra se opera de un modo gradual; ahora bien, si esto ocurre en condiciones anormales y morbosas, el individuo puede bruscamente volver á las ideas y á los hábitos de una personalidad anterior, pero subsistiendo la que actualmente viva.

Bueno es recordar que los periódicos americanos é ingleses han referido recientemente el caso de una joven en la que se dan estos fenómenos.

La angustia religiosa.—Los revivales ó despertares. Hemos observado ya cómo en todas partes y en todos los credos religiosos se ven síntomas hoy día de resurrección en unos y de agotamiento en otros. Mr. Stead, en la *Review of reviews*, estudia en ella uno de esos movimientos que más determinadamente se da ahora en el país de Gales. Se le llama *El despertar*.

¿Y qué es el despertar? Pues el despertar es la súbita y repentina determinación de aceptar el amor divino observándole en la práctica de la vida.

El director de este movimiento religioso es un místico que sufre éxtasis con demasiada frecuencia, habiendo visto en ellos al propio Dios, con quien ha sostenido grandes conversaciones. El fundador no fué él, sin embargo, sino un pastor evangélico del condado de Cardigan, que habiendo visto aparecer una cruz en el cielo al alborear el día, creyó hallar un aviso providencial en ese signo para su propia corrección. Sus amigos siguieron inmediatamente el ejemplo, y en la actualidad una gran masa de entusiastas, sobreponiéndose á la pereza y la molicie de un vivir práctico y movimiento moral, se *despierta* para el bien y la caridad.

Este movimiento ha sido juzgado con poca piedad por algunas personas, y hasta se ha tomado por una especie de sugestión colectiva que afecta forma aterrante como todo delirio. Semejante apreciación no parece demasiado ligera é injusta é impropia de la seriedad con que ha de juzgarse toda ansia espiritual, que podrá desviarse por unos cuantos y hasta por todos los continuadores de su práctica, pero que nunca hemos de suponer obra de la locura y del cálculo. Una tolerancia más amplia y respetuosa debe observarse en la crítica de los fenómenos religiosos, hoy que sabemos que todas las formas de la angustia espiritual representan una necesidad más ó menos perdurable de un grupo ó de una raza.

El despertar no es nada nuevo, como dice el mismo Mr. Stead que lo estudia, pero tampoco es algo que carezca de fundamento. Estos despertares ó *revivals* tienen un significado mayor de lo que puede imaginarse cualquiera examinándolos de prisa.

Véase lo que dice Mr. Stead refiriéndose á Inglaterra únicamente, donde el fenómeno se precisa mejor que en otra parte:

La historia enseña que los Revivals en Inglaterra han sido siempre pasajeros. Pero también enseña que jamás se ha sentido un sacudimiento religioso en el pueblo sin que al sacudimiento haya sucedido una reforma política. El primer Revival de que se guarda memoria lo iniciaron los cistercess en el siglo xii. Poco después se firmó la Magna Carta. El segundo Revival se debió á los frailes negros de Santo Domingo y á los frailes grises de San Francisco. Las clases medias entre quienes la Revival hizo mayor efecto, lograban á los pocos años asegurar el establecimiento del sistema parlamentario. En el siglo xiv se alza Wycliffe á predicar contra la corrupción del clero. No tardó en estallar la insurrección de los labriegos, que aun sofocada en sangre, fué la primer noticia que enteró á los terratenientes en Inglaterra de que los labradores eran esclavos. El cuarto Revival precedió á la Reforma. En cuanto el pueblo inglés se sintió religioso, rompió sus relaciones con Roma. El quinto, el de los puritanos, aconteció en la primera mitad del siglo xvii; sus resultados fueron la fundación de la Nueva Inglaterra por los padres peregrinos, del *Mary Flower* y la decapitación de Carlos I. En la segunda mitad del siglo xvii aparecen los quáqueros. A los pocos años desaparecen los Estuardos del trono de Inglaterra. Surgen los metodistas en el siglo xviii. Era el momento en que el alcoholismo se cebaba en Inglaterra al punto de que los taberneros salían de las tiendas para invitar á los transeuntes de las calles de Londres á emborracharse por un penique y á quedar como muerto por dos. Del movimiento metodista salió el impulso que creó las sociedades filantrópicas, dulcificó las leyes penales, abolió el tráfico de esclavos y dió los cimientos de la educación popular. El octavo Revival surgió también en Gales, hacia el año, 1860 y se extendió á toda Inglaterra en 1861. No tardó en abolirse el sistema proteccionista y en establecerse el sufragio universal. El noveno Revival es el de hoy. ¿Cuáles serán sus resultados?—pregunta Stad al término del brillante paralelo que he extractado en las líneas anteriores.

R.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.